

PROHOMBRES DEL MUSEO



Samuel A. LAFONE QUEVEDO

MARIO E. TERUGGI

Samuel A. Lafone Quevedo (1835-1920) fue el segundo director que tuvo el Museo de La Plata, sucediendo al Fundador, tras la renuncia de éste al crearse la Universidad Nacional de La Plata sobre la base, en buena parte, del Museo provincial. Fue designado director el 7 de febrero de 1906 y estuvo en el cargo hasta su muerte en La Plata el 18 de julio de 1920, o sea catorce años y medio, la dirección más larga después de la de Moreno, que superó los veinte años.

Lafone Quevedo, había nacido en Montevideo y era hijo de padre inglés y madre argentina. El padre, comerciante, se había radicado en Buenos Aires en la época de Rivadavia. Emigrado a Montevideo por razones políticas nació el hijo que hubo de confraternizar con los proscriptos liberales y eventualmente, como correspondía entre los británicos, fue enviado a estudiar a Cambridge, donde obtuvo un título intermedio de **Master of Arts**.

La familia materna poseía grandes propiedades e intereses mineros en la región de Andalgalá, Catamarca, por lo que, al regreso al país, el joven Samuel solía pasar largas temporadas en esa zona y fue allí que comenzó a interesarse por la arqueología y la lingüística. Inició entonces sus primeras colecciones de alfarería indígena -que eventualmente pasaron al Museo de La Plata- y al mismo tiempo se preocupó por los idiomas y culturas aborígenes.

Desde su regreso al país, Lafone Quevedo entabló amistad o relación directa con lo más granado de la sociedad culta argentina, como ser Bartolomé Mitre, Nicolás Avellaneda, Julio A. Roca, Fray Mamerto Esquiú, el químico Federico Schickendatz y otros científicos de la Academia de Ciencias de Córdoba.

Mero autodidacta en arqueología y lingüística, comenzó a publicar en 1881 y prosiguió toda su vida, ampliando sus horizontes al campo histórico, con estudios sobre ciudades argentinas (Santiago del Estero, Londres, Catamarca) y exploradores (Solís, Gaboto). Sus méritos fueron reconocidos oportunamente y pasó a ser miembro de la Junta de Historia y Numismática, del Instituto Geográfico, de la Sociedad Científica y otras.

Profundo americanista, estudió restos arqueológicos del noroeste argentino (entre ellos, los menhires de Tafi, las huacas Yocavil y Chañar Yaco) e investigó pueblos aborígenes, estudios estos que culminaron en una recordada **Etnología Argentina** (1909). Llamado al Museo por Moreno, su vinculación con la institución platense fue muy temprana; es así como su trabajo **La lengua mocoví** se publicó en el primer número de la revista del Museo de La Plata de 1890. Durante la dirección de Moreno estuvo a cargo de la Sección estudios lingüísticos y, además, dictaba la cátedra de arqueología en la Facultad de Filosofía y Letras. A partir de la nacionalización universitaria del Museo en 1906 estuvo, además de la dirección, al frente de la Escuela de Ciencias Antropológicas, en la que actuaba como Jefe de Sección el gran antropólogo alemán Roberto Lehmann Nitsche.

En realidad, la especialidad en la que más se destacó Lafone Quevedo, la lingüística aborígen (de los abipones, matacos, vilelas), no se cultivó después de él en el Museo y, en general, no se cultiva en instituciones similares del mundo, como no sea una derivación de las investigaciones etnológicas. Todavía perdura como obra de consulta su **Tesoro de catamarqueñismo** (1898), uno de los primeros y más meritorios esfuerzos para el conocimiento de los provincialismos y regionalismos.

La designación de Lafone Quevedo como Director marca una doble tendencia: por un lado, hacer recaer el cargo en un argentino, y por el otro, continuar después de Moreno con especialistas en las ciencias del hombre, tendencia que seguirá en 1920 con el nombramiento de Luis María Torres. Lafone Quevedo se hizo cargo de la Dirección acompañado por Enrique Herrero Ducloux como Vice-director, el primer químico graduado en la Argentina y notable investigador, entre muchas otras cosas, de meteoritos. Aparte de ésta, su vinculación con el Museo se debía a que en él funcionó por quince años la nueva Facultad de Química.

Los catorce años de la Dirección de Lafone Quevedo transcurren sin grandes sobresaltos, salvo el de la Guerra Mundial que aisló al Museo de sus similares del continente europeo. Hombre amable y gentil, un caballero de aspecto digno y tranquilo, guió al Museo a lo largo de las líneas establecidas por Moreno. El edificio no sufrió cambios, salvo los propios de la nueva vida universitaria: se levantó una tarima o gradería para actos académicos en el patio este (hoy desaparecido por la construcción posterior del local de biblioteca) y se transformaron varios depósitos del subsuelo en laboratorios de tipo químico, que todavía perduran. Las salas de exhibición se mantuvieron con pocos cambios o retoques, preservándose celosamente la herencia de Moreno.

Con todo, fue bajo su Dirección que se obtuvo, por

pedido del Presidente Roque Saenz Peña al millonario Andrew Carnegie, la donación de la réplica del **Diplodocus**, que es una especie de símbolo del Museo. La instalación se efectuó en 1912 y fue entonces que, el encargado del trabajo, W.J. Holland (director del Museo Carnegie de Pittsburgh) se encontró con Lafone Quevedo que volvía de un largo viaje por Europa. Su impresión es la siguiente:

“Recibí de él un saludo tan cordial y sencillo que sólo él es capaz de dar. “Don Samuel”, como lo llama afectuosamente todo el personal del Museo, a pesar del hecho de que ha visto muchos inviernos pasar por su cabeza no ha perdido nada del espíritu de un muchacho, y son muy contagiosos su vivaz sentido del humor y su sonrisa alegre. Hubo tal falta de tías formalidades acompañando nuestra presentación que inmediatamente sentí que éramos amigos y que me había recibido de todo corazón”. Esta gran “humanidad” de Lafone Quevedo está también reflejada en la biografía del Padre Guillermo Furlong.

Delgado, elegante, con su barbilla blanca, se tiene de él una fotografía en la rotonda del Museo en compañía de su familia. Otras fotografías y el óleo con su efígie muestran el mismo aspecto sereno y bondadoso. Enamorado de lo americano supo concretar una obra de trascendencia que, en algunos campos, aparece como un precursor o un pionero. Y ello a pesar de que era un aficionado, un autodidacta, como lo fue Moreno y como serán, después, Luis María Torres y Joaquín Frenguelli. Ninguno de los “cuatro grandes” directores del Museo se formó universitariamente en la especialidad que cultivó y desarrolló.

Podría concluirse que el segundo director fue mera prolongación del primero. Su mérito fue precisamente ése: actuar calmamente en el periodo de transición, conducir al Museo por su senda ya marcada en tanto se asentaba la polvareda del pasaje a la universidad. Lafone Quevedo marcó un tiempo de espera en tanto se acumulaban las energías que, poco después de su muerte, con Luis María Torres, provocarían el cambio estructural del Museo, que modificó el edificio y reordenó las salas de exhibición. Fue la base sólida para esta primera revolución museística de la década del veinte, que será seguida, en los años cuarenta y cincuenta, por la segunda que hizo del Museo de La Plata la primera escuela de naturalistas y antropólogos-arqueólogos de todo el orbe hispanoparlante.

Es difícil juzgar, a esta distancia, al hombre quieto que fue “Don Samuel”, el lingüista y arqueólogo-historiador que dirigió el Museo por casi tres lustros. Sabemos, eso sí, que fue una figura muy querida y respetada en el Museo, en la ciudad y en el país entero. Por ello, y por su obra, se ha ganado para siempre nuestro reconocimiento.

BIBLIOGRAFIA

- FURLAND, G., 1965.- Samuel A. Lafone Quevedo. Buenos Aires.
HOLLAND, W.J., 1913.- To the River Plate and back. New York and London: G.P. Putnam's Sons.
TERUGGI, M.E., 1963.- Pequeño y aleccionante capítulo en la vida del Museo de La Plata. La Plata: Universidad Nueva y ámbitos culturales platenses. Facultad de Humanidades, Departamento de Letras.